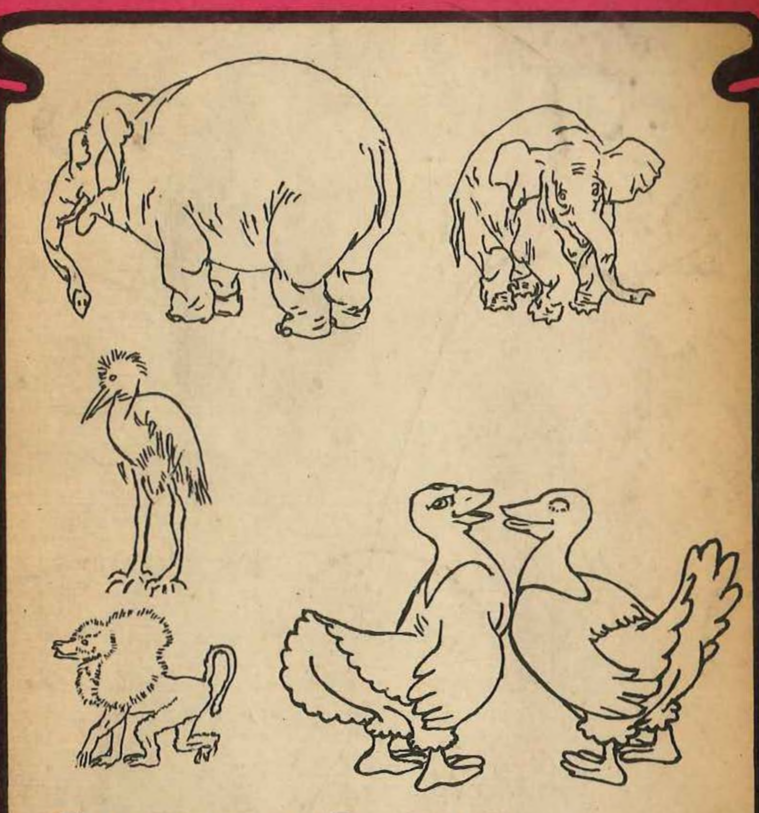
Wimpi



CARTAS DE ANIMALES

CARTAS
DE
ANIMALES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

VENTANA A LA CALLE

VIAJES ALREDEDOR DEL SOFA

LA TAZA DE TILO

CARTAS DE ANIMALES

EL GUSANO LOCO

VEA AMIGO

LOS CUENTOS DEL VIEJO VARELA

LA RISA

LOS CUENTOS DE CLAUDIO MACHIN

EL FOGON DEL VIEJO VARELA

LA CALLE DEL GATO QUE PESCA

WIMPI

CARTAS DE ANIMALES

EDITORIAL FREELAND
Buenos Aires
1978

PRÓLOGO

Cuando una estrella de mar se corta un brazo, en seguida lo repone, con otro brazo tan natural como el perdido. Y hay unos gusanos del orden de los planáridos que vuelven a completarse asombrosamente en cuanto de algo se les priva. Si a una planárida la cortan más cerca de la cabeza que de la cola, se activa su metabolismo en el muñón y aparece una cabeza nueva, y y si la cortan más cerca de la cola que de la cabeza aparece otra cola. Avanzando en la escala zoológica, aun entre los crustáceos se dan esos casos notables de reposición, porque al cangrejo se le forman pinzas nuevas cuando las pinzas que tenía se rompen.

En cambio. el hombre no repone ni el pelo.

No se trata, claro está, de destacar esa incapacidad para humillarlo, porque de eso él no tiene la culpa. Como no la tiene, tampoco, de ver menos que el pájaro, de oír menos que el perro, de gustar menos que la vaca. El hombre tiene 3.000 papilas receptoras del gusto. La vaca tiene 32.000. A pesar de los adelantos del arte culinario, ha de seguir siendo un misterio para el hombre el gusto que la vaca le siente al pasto.

Podrá objetarse, hasta aquí, que al hombre, para lo

que hay que ver, le basta con la vista que tiene y para lo que hay que oír con el oído que tiene. Y que hasta ahora pudo vivir sin comer pasto.

Pero hay particularidades entre los animales que no podrían desdeñarse con tanta facilidad.

Uno no se refiere a las que el hombre le ha copiado a los animales; claro que desnaturalizando después, el original porque le copió los principios de la navegación al pez, pero el pez no tiene la culpa de que haya hecho el hombre, luego, submarinos, como no tiene la culpa el pájaro de haber servido inconscientemente, como modelo de bombarderos.

El hombre copió, asimismo, el radar al murciélago, que se orienta en la oscuridad por el eco de los sonidos que emite; le copió el Derecho Internacional al avestruz, que cree que si él no mira no lo ven: le copió la viveza al tero, que pone el huevo en un lado y va a pegar el grito en otro. En todo eso, la imitación le salió más o menos perfecta.

Pero no acertó, todavía, a imitar al tórtolo y ser tan buen marido como él, que debe serlo, sin duda alguna, señores, porque cuando la tórtola enviuda siente tanto al perdido compañero, que ya nunca se para a cantar en una rama florida y además, revuelve el agua para enlutecerla con barro, antes de ponerse a beber. Dice, justamente, Tirso en una cuarteta deliciosa de "La dama del olivar":

> La tortolilla con suspiro quiebra
> viuda, los vientos, por el bien que pierde

y cuando las exequias le celebra
huye del agua clara y roble verde.

En cambio en nuestra especie las viudas se alivian el luto a los seis meses. Por algo será.

Por otra parte, señores, bien que no ha podido establecerse todavía, por medio de los estudios, un pensamiento conceptual en el animal, un querer inteligente, la conducta de los animales fue aprovechada por el hombre mayor de edad para fundar el método didáctico de las fábulas, destinado a la educación de los cachorritos humanos.

El hombre debió ir a buscar ejemplos, en esos seres aparentemente sin alma, porque no los encontraba tan típicos y claros en ejemplares de su especie. Y apeló a la nobleza del león, a la fidelidad del perro, a la disciplina de las abejas, a la laboriosidad de la hormiga. Eso no le impidió, de ninguna manera, llevar al león al circo y enjaularlo junto a un domador feroz, para divertir, entre otros, a los mismos chicos ante quienes la nobleza del león fuera puesta como ejemplo. Los chicos tienen todo el derecho de pensar que si ése es el resultado de ser noble, es preferible seguir el ejemplo de cualquier otra cosa.

El hombre dice "fiel como un perro" al referirse al amigo leal, pero también dice "vive como un perro" al referirse al que anda en la mala. Y como las condiciones en que el perro vive dependen del hombre —porque el perro no se agremia ni tiene consejo de salarios ni siquiera gana sueldo, está por la comida y cucha, que no suelen ser más que una chiquizuela pelada y un jer-

gón—, el hombre mismo declara al reconocer que "hay una vida de perros" su injusticia en el trance de estimar una lealtad.

Además comete asimismo injusticias cuando compara al prójimo envenenado, con el escorpión. El más activo de los escorpiones, el Botus occitanus, es triste, solitario y tímido. Y cuando se ve acorralado, haciendo gala de una soberbia heroica, se clava en el cuerpo el ponzoñoso aguijón y se suicida.

La calificación del hombre por el hombre, siempre está referida a los animales. El hombre es bravo como un león, manso como un cordero, flojo como una gallina.

Habría que decir "generoso" como una gallina. Porque el hombre guarda en el banco el producto de su esfuerzo —o lo coloca al 14 por ciento— en cambio la gallina, novelera y desprendida, no bien pone un huevo cacarea para que se lo vayan a buscar y lo entrega gratis.

El hombre calumnia al tiburón, porque la Oficina de Aeronáutica de la Flota Norteamericana basándose en el testimonio de aviadores de la Unión dice que durante la guerra se vieron obligados a descender y permanecer a la deriva en aguas llenas de tiburones.

El hombre inauguró, es verdad, la novedad de la inteligencia sobre la tierra. Pero no llegó a ser, por ella, un verdadero rey de la Creación. Hasta el momento, apenas es un capataz de la Creación. Y eso mediante el látigo, el yugo, la rienda, la escopeta y la trampa.

Si se llamara a elecciones, señores, de las que par-

ticiparan la vaca y el conejo, la gallina y el novillo, el lechón y la perdiz, la paloma y el pejerrey, con seguridad que no saldría electo el hombre aunque les prometiera a los sufragantes hacerse vegetariano.

El mundo de los animales, el mundo íntimo es oscuro y al mismo tiempo transparente: es como un negro envuelto en celofán, porque no sabemos si el perro piensa pero vemos cómo el perro sigue a su dueño, no sabemos si el gato piensa pero vemos cómo lo espera en la casa. Son dos formas distintas de fidelidad, pero precisas e indiscutibles.

Además el animal sufre, porque su queja es un lenguaje que cualquier hombre de corazón honrado tiene que comprender.

Y no se es hombre sólo por la cabeza y por la mano, como dicen los antropólogos (una cabeza que piensa y una mano que agarra) el hombre debe ser hombre, principalmente, por su corazón, que tiene aquellas famosas razones que la razón ignora.

Y quien asiste impávido, insensible y hasta entretenido, a veces, al espectáculo de un padecimiento, no tiene derecho alguno a tratar de bestias, a las otras bestias.

El hombre así —lamentable y mutilado en su corazón que es la entraña de la verdadera comprensión y de la verdadera gracia— es el que atribuyó siempre a otras familias zoológicas el patrimonio de sus propios disparates, para eludir, él, la responsabilidad de haber sido quien los inauguró sobre la tierra.

Y es así que a lo largo de la llamada civilización hu-

mana, se sostuvo que las perrerías las había inventado el perro, las raterías la rata y las burradas el burro.

Pero ya Juan Ramón Jiménez en aquel librito que le dedica a Platero —un pedestal hecho para su burro amigo en caramelo y jazmín— dice, "pero si cuando un hombre es bueno, debieran llamarlo asno, cuando un asno es malo, debieran llamarlo hombre".

Sería justicia, señores.

ACERCA DE LOS PLATOS VOLADORES

El sabio alemán Hermann Oberth, inventor y constructor de los cohetes V2 dice que los tripulantes de los platos voladores son vegetales dotados de razón. Plantas geniales, un humorista diría, espinacas sabias, especializadas en astronomía, mecánica y altas matemáticas. Pero desde antes de que en el libro de "Las mil y una noches" se citara al árbol que hablaba, los poetas, que siempre han precedido en todos los descubrimientos a los hombres de ciencia, sospecharon que en todo, incluso en el mineral, hay una vida de la misma índole que la vida del hombre y que todo evoluciona hacia el hombre . . . lentamente, claro, pero sin pausas, como las estrellas y como la caída del pelo.

Los antiguos hilozoístas le atribuían vida a la piedra y posteriormente, se le atribuyó al vegetal una sensibilidad que, antes, siempre le había sido negada . . . A principios del siglo, una bióloga rusa, la doctora Ioteko, demostró que las plantas se cansaban. Más o menos a principios del siglo pasado, el sacerdote chileno Juan Ignacio Molina, estudioso de la Universidad de Bolonia tuvo grandes líos con la Inquisición por los re-

sultados a que llegara sobre la sensibilidad de los vegetales en su trabajo titulado "Analogías poco observadas en los tres reinos de la Naturaleza". El sabio Jagadis Chándra Bose, un físico indio que falleció hace apenas 20 años,[1] inventó el "crescófrago", un instrumento delicadísimo destinado a registrar los movimientos con que las plantas respondían a determinados estímulos. Max Scheler, filósofo de pensamiento modernísimo en su obra "El puesto del hombre en el Cosmos" dice que la planta tiene estados psíquicos parecidos a los nuestros y que si no es posible observar su cambio de talante, de actitudes o, inclusive, de gestos, en por la lentitud con que en ellas esos estados se operan. Y ya los ocultistas de inmemoriales edades, amigos, sostenían que la piedra marcha hacia el vegetal y que el vegetal marcha hacia el animal y el animal hacia el hombre. Quizá en otros planetas más viejos que el nuestro haya, piedras que son zanahorias, zanahorias que devinieron gatos y gatos que son gente. Lo cual no debe asombrarnos mucho porque, si bien se observa, pese a la juventud de este mundo, acá también hay cosas de esas. Hay un kilo.

[1] N. del E. El autor escribió el artículo en 1956.

COSAS QUE SÓLO PASAN EN LOS SUEÑOS

I

Chuang-Tzú soñó una vez que era una mariposa. Y luego, despierto, ya nunca más supo si era Chuang-Tzú que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa que está soñando que era Chuang-Tzú.

II

Iba caminando por un campo sin confines. En cada paso, renacía el rumbo hacia ti. Y en cada flor, como una seña de que había tomado el buen camino, veía tu cara. En las caléndulas, en las clavelinas, en los lirios . . . De pronto, encontré una margarita dormida —ruletita de oro— y quise jugar con ella a ver si te encontraba, pero cuando ya había asido uno de los pétalos apareció otra vez, también aquí, tu cara, en ese eterno amanecer que es el corazón de las margaritas! Y me quedé sin saber nada. Y sigo el camino sin saber nada.

III

Soñé que el fuego se helaba
soñé que la nieve ardía
y por soñar imposibles
soñé que tú me querías.

IV

"Pao" quiere decir brillante. Y "Yu" quiere decir jade. Los padres le habían puesto Pao-Yu (dice una historia) para que su vida fuera larga y feliz.

Un día Pao-Yu soñó que estaba en el jardín de cerezos y arrayanes, veía a sus dos hermanas. Llegó hasta ellas y las saludó sonriendo. Pero ellas no lo reconocieron.

Más, así como se alejaron hacia un refugio, en la floresta Pao-Yu las siguió repitiéndoles, ante el despectivo gesto de aquéllas: —Yo soy Pao-Yu. Soy vuestro hermano Pao-Yu.

Pero, ellas no lo reconocieron.

Sin mirarle, siquiera, entraron al refugio. Y cuando Pao-Yu entró a su vez, tras ellas, las halló tejiendo, en ruequitas de plata, sobre el lecho de un joven que dormía.

Miró al joven y . . . ¡era él!

De pronto, el durmiente —¡que era él!— comenzó a moverse desasosegadamente hasta despertar sobresaltado.

Las hermanas solícitas —y sin reparar en el Pao-Yu que miraba desde la puerta— le preguntaron:

—¿En qué soñabas, Pao-Yu, que tanto te has asustado al despertar?

Y Pao-Yu respondió:

—Soñaba que yo las encontraba en el jardín de casa y que ustedes no me reconocían . . .

Quiere decir que se trataba de un Pao-Yu, que estaba soñando con otro Pao-Yu, que, a su vez, soñaba con Pao-Yu.

Cada uno de nosotros, somos mil, aunque nos parezcamos uno solo. Y esos mil que a mí me tocan, te quieren como el que, en vano, te ha seguido, sin que lo reconocieras, por todas las sendas de cerezos y arrayanes que glorifican la tierra de este mundo . . .

V

Entré a tu aposento inopinadamente y te sorprendí, a tus espaldas, mirándote al espejo. Te sorprendiste al verme aparecer en la luna rutilante.

Pero, luego, enamorada, jubilosa con mi arribo, seguiste, de mi mano, por el abierto senderito de plata.

De noche, cuando otros fueron a mirarse en el espejo por el que habíamos partido, ya no había nadie . . .
¿Adónde habremos llegado?

LA CAZA Y LA LIEBRE

El tipo cuando va a cazar regresa enojado si no casó, no sirve para ser feliz, porque contradice aquello de que la felicidad no es una estación que quede cerca o lejos; la felicidad es una manera de viajar. Eugenio D'Ors decía humorísticamente, que "la caza es mucho más importante que la liebre". Es, sin duda alguna, más importante el afán, que lo que mediante él pueda conseguirse. Ya se ha visto que lo que se consigue con los afanes, nadie puede llevárselo. En alguna parte uno ha recordado aquella respuesta de Bías de Priene, uno de los siete sabios de Grecia, dada cuando alguien le vio irse de su pueblo sin otras cosas que su túnica y su bastón y le preguntó: "¡Cómo Bías! ¿No llevas tus cosas?" y él repuso, sereno y alegre: "Todo lo llevo conmigo". Llevaba la frente y el aliento, las manos y los ojos, el pecho y la voz... Quienes se quejan de no poder ser felices, es porque son incapaces de entender ese ejemplo. Ser como fue el viejo sabio es la única manera de ser que garantiza para el hombre la alegría y la libertad. Porque sólo puede estar contento el que sabe que todo lo lleva consigo. Y sólo puede ser libre el que no teme ni espera nada. El hombre así ni siquiera

necesita pensar en cómo debe hacer las cosas, porque tiene dentro algo superior al pensamiento y a la razón que es lo que le permite realizarlas prodigiosamente. Cuando al tipo le falta "eso", está perdido. En una de sus viejas películas Chaplín hacía equilibrio en la cuerda floja, creyendo que iba otro a sujetarlo de atrás. ¡Con qué limpieza conservaba la estabilidad mientras tuvo la seguridad de que alguien le protegía! ¡Y qué espanto se reflejó en su rostro al darse vuelta y comprobar que estaba solo! . . . El hombre que todo lo que tiene lo lleva consigo es el único capaz de realizar, alegremente, lo imposible. Según leyes físicas comprobadas en el túnel aerodinámico, la abeja no debiera poder volar, puesto que el peso, el tamaño y la configuración de su cuerpo no guardan la debida proporción con el largo de sus alas. Sin embargo la abeja, que ignora eso, se lanza a volar; y no sólo vuela, sino que hace un poquito de miel todos los días . . .

LA RANA

El tipo ve saltar a la rana y se crispa: "¡Ay, qué asco!" Luego va al restaurante, pide ranas "saltadas", y dice que están exquisitas. ¡Qué habilidad tiene el tipo para aceptar complacido, a quien antes detestara, cuando lo ve que se dispone a alimentarlo! . . . Casi todos los animales (desde la vaca a la que consagraban su doncellez las muchachitas asirias y el escarabajo que puesto sobre la frente de los egipcios les curaba las demencias, pasando por la serpiente a la que Jesucristo consideraba símbolo de la prudencia, y el elefante, que fue el primer tanque, el primer camión, la primera manguera y el inventor del billar), han sido protectores de pueblos o galas de blasones. La rana fue ponderada por el propio Apolo porque era, en los viejos pantanos, la guardiana de las cañas que el Dios necesitaba para hacerles los puentes a sus liras. Claro que Esopo —viejo, feo, resentido— dijo que una vez una rana reventó al hincharse por querer igualar su tamaño al del buey. Lo que Esopo habría querido hacer para salir de pequeño y de pobre, se lo atribuyó a una rana . . . Siempre pasó lo mismo en el mundo. Las intenciones que se les atribuyen a los demás, son idénticas a las que maduran en

el interior de aquél que a los demás las atribuye... Ya se dijo: "si quieres saber cuál es el principal defecto de alguien, observa cuál es el primer defecto que nota en los otros". Los poetas siempre sintieron la solicitación de elogios que puso la Naturaleza en la grácil levedad del batracio. Julio Herrera y Reissig dijo que las ranas eran "hojas de ensalada vivas". D'Anunzio, en su "Notturno", dijo, a su vez: "e la reganella beveba con quel filo d'avena tutto il verde de la Versilia e lo rendeva in canto al mio sopore". ¡Cuántas maravillas son capaces de advertir! —¡y qué porción tan grande del milagro!— aquellos que ven lo que miran. Sin embargo, el tipo les llama "ranas" a los que se hacen los vivos. Y el rana, marido de la rana, es verde por condición. En cambio el rana de nuestra especie... fue arrancado verde; por eso disimula la limitación de sus recursos con la vieja, y ya ineficaz superchería, de hacerse el vivo tirándose a muerto. Y lo mismo tiene que vivir a saltos.

El tipo necesita a los animales para todo. Sólo gracias a los animales pudo venir viviendo como la gente comiendo pollo, haciéndose el oso y andando en coche. Cuando el tipo tiene que ponderar a otro, siempre lo pondera comparándolo con un animal: es fuerte como un toro, es astuto como un zorro, es fiero como un león. es una monada, es noble como un caballo. Y ahora que hablamos de caballos. cuando Federico García Lorca. en una de las joyas de su romancero gitano tuvo que precisar la fragancia que trascendía de Soledad Montoya, a quien se exalta en el romance, dice: "Cobre amarillo, su carne— huele a caballo y a sombra . . ." La iría a visitar al pesebre. El tipo dice que hay que matar a los bichos inútiles y los mata. Pero cuando el bicho es útil . . . lo aprovecha. Mata al mosquito y ata al caballo de un carro. Mata a la hormiga y ordeña a la vaca. Mata a la araña y se come a la gallina. ¡Mata a la araña! Y todos deben saber que cuando a los viejos griegos de la época heroica se les endurecían los dedos para tocar la lira; frotaban esos dedos entorpecidos por el cuerpo de una arañita, creyendo que iba a pegárseles la estupenda agilidad de la tejedora. La industria humana, en ese sentido, por otra parte, desde lo que va del encaje de

Malinas al encaje de Ñandutí, no ha conseguido imitar la tela de las arañas rinconeras, que se pasan su vida zurciendo el aire. Muchas son las cosas que el tipo todavía no le pudo imitar al animal. Ni la gracia al cisne —bello y majestuoso hasta el punto de que cuando el duque de Norfolk tenía que prestar un juramento solemne, se ponía la mano en el pecho y decía: "Juro por Dios y por los cisnes . . . " (qué tipo para haberlo traído a hacer charlas, ¿eh? . . .) —, ni la lealtad al perro ni la paciencia al buey, ni la condescendencia a la vaca, ni la política al avestruz, ni la despreocupación a la cigarra, ni la ironía al mosquito. ¡El mosquito es irónico! Hay una anécdota que lo testimonia. Cachador, que se le dice ahora. Y, sin embargo, pocos son los que salen a romper una lanza en favor de los bichos. Luciano de Samosata hizo una vez el elogio de la mosca y Juan Ramón Jiménez paró a Platero, su burrito admirable, en un pedestal de caramelo. Pero, el tipo más bien desprecia al animal. Y el mosquito lo cacha . . . Es valiente. Es obcecado. Lo mismo pasa con el ganso. El tipo desprecia al ganso. "Es un ganso", dice. Y con eso cree que pone la tapa. ¡Qué esperanza! ¿Con qué, sino con una pluma de ganso se escribió la "Divina Comedia", la "Jerusalem libertada, Orlando el furioso"? ¿Y aquellos sonetos de Petrarca a Laura de Noves que inauguraron el verso italiano? . . . ¿Y el paté de foie gras, no se hace con hígado de ganso? ¿Y los gansos del Capitolio? ¿No le avisaron a la guardia dormida que se acercaban los galos para atacarla y tomar posición del templo? Volvamos, empero al mosquito. Los naturalistas

dicen que el mosquito es, posiblemente, la estructura más perfecta de la Naturaleza. No le sobra nada. No le falta, tampoco. En cambio el tipo como nunca se da cuenta de que le está sobrando lo que él cree que le falta se pasa la vida juntando cosas y termina en un cambalache. El tipo mata al mosquito a manotazos, pero después de una lucha tremenda. Demoró cientos de siglos en inventar el mosquitero, el mismo tipo que supo inventar un hacha cuando se paró y empezó a convalecer de su mecanismo ancestral... Porque el sistema siempre fue ése. Llamarle solucionar un problema a sustituirlo con otro problema peor. El tipo siempre sacó un clavo con otro clavo. Y las pocas veces en lo sacó torcido y dejó un agujero. Pero la anécdota que la historia en que intentó sacar el clavo con la tenaza, nos garantiza esa ironía del mosquito es ésta: Meleagro, aquel poeta finísimo, una vez, cuando se le murió la novia, le puso un epitafio que decía: "Salud madre tierra: séle tú leve a mi novia que ella... ¡ha pesado tan poco sobre ti!". Bueno, al poco tiempo, ya estaba enamorado de otra, que se llamaba Honoria. Y entonces, dice la leyenda —hace muchos siglos de esto— que Meleagro habló con el mosquito y le hizo esta proposición: "Mosquito, amigo mío, no puedo encontrar a Honoria, sabes. Pero si tú vas, cuando ella duerme y le dices al oído cómo yo la quiero, voy a regalarte, para que te la pongas, una piel de león". Y el mosquito soltó la carcajada. El ya sabía desde entonces, que en este mundo siempre habían ganado y seguirán ganando más, los chupasangres que los leones.

Yo no tuve la culpa de que Satán se disfrazara de mí para ir a decirle a Eva que te diera a probar la manzana.

Tú sí, fuiste culpable al hacer caso.

El Señor te había concedido el libre albedrío para que fueras capaz de elegir entre el bien y el mal.

Y tú elegiste la manzana.

Consideraste, posteriormente, que era a mí a quien había que imputarme tu perdición.

Delegaste en mí tu tremenda responsabilidad, desde el día del pecado original, hasta estos días en que nadie podría hallar originalidad en ningún pecado.

Tú podrías decidir ya entonces. Pero caíste en la tentación como cae un ciempiés del techo. Agregaste a la debilidad que configuraba la comisión de la culpa, la inelegante cobardía de declarar que la tentación había sido irresistible.

Luego se fue viendo que no hay nada irresistible; ocurre, simplemente, que son muy pocos los capaces de resistir. Desde que Dios te inauguró en aquel mundo flamante —que a Él tanto trabajo le dio hacer y que

tú se lo has venido pisando de la mañana a la noche— dispusiste de la capacidad necesaria para evitar el mal.

Sin embargo cada vez en que por blandura de ánimo o conveniencia económica optaste por el mal, en seguida trataste de encontrarle eximentes a tu conducta en la fatalidad, en el "no somos nada" o en el "hay que vivir".

Y simulas conformarte en este destierro de la gracia al que cada día, pese a lo que te ha sido dado, haces más árido, más extravagante y más sombrío.

Te engañas intentando convencerte de que no te importa la pérdida de tu inocencia, pero el furtivo sentimiento de tu culpa, es cosa que no arreglas dentro de ti mismo, acusándome de la perfidia que me inventaste para justificar la fea condición de tu pecado.

Ocupado en cuidarte de los camiones o en contar el vuelto, sólo te decides a mirar para arriba cuando ves que suben un piano para entrarlo por el balcón.

Me desprecias porque avanzo arrastrándome. Avanzo arrastrándome porque no tengo patas.

Pero. . . ¿y tú?

No te ha sido perdonado aún, pese a que quieres demostrar lo contrario con la suficiencia de tu sonrisa, la gallardía de tu traza y la limpieza de tu prontuario.

El hombre tiene que ser forzosamente otra cosa que ésta, para que las serpientes les consideremos como un privilegio con sentido, esa menguada circunstancia de que viajen parados.

Las palabras escritas en la arena no detendrán, ya, la mano, de las que, andando el tiempo, adquirieron entre otras cosas la desvergüenza que se necesita para tirar la primera piedra.

Pero ese desasosiego que les queda en lo más hondo —y sin causa aparente— a quienes duran, hoy, entre las pausas que median entre los infartos y los pleitos, tiene un significado tremendo.

No has dado todavía un paso, en lo que va de la historia de tu exilio, hacia el perdón de tu soberbia.

Sólo se sabe que Dios perdonó un pecado, cuando ya ese pecado no se comete más.

Con afecto te saluda.

La serpiente

Me enteré de la carta que te escribió la lechuza y, que ella me perdone —tanto más cuanto que nada podría decir en su contra— pero no estoy del todo de acuerdo con las conclusiones a que llega. Considero que la prudencia es una virtud que, como ella dice, rinde beneficios incalculables.

Pero en este punto al que tú remolcaste al mundo, a veces no hay tiempo de ser prudente tanto en el sentido de dosificar nuestra paciencia para que alcance hasta que el otro haya terminado de decir estupideces, como en el de ceder el asiento a quien ha de recibir la cortesía con trazas de dueño y sin la más leve demostración de que la cortesía fue entendida.

Miles de rosas podrían pesar más que el hierro, pero en un mundo donde la hora tuviera un significado que tú no has sabido darle porque apenas si le pasas de largo camino de la cita de negocios a la que acudes preocupado por desbaratar en el otro los mismos propósitos que tú llevas para sacarle ventaja.

La invención de la llamada "paz armada" que trasciende de la esfera de las grandes potencias hasta manifestarse disminuída a escala pero con el mismo fin, en

las relaciones de la cuadra, ha desvirtuado completamente no sólo el mérito, sino que, lo que resulta mucho más lamentable, el concepto de la paz.

Ustedes consideran, hoy en día, que puede mantenerse un estado de no beligerancia, cuando cada uno le supone al otro medios indeclarados de ganar la guerra.

¡Feliz época fue para ustedes aquella "del cuchillo abajo del poncho"! En cuanto se lo presumían al otro, bastaba con ponerse en guardia.

Hoy ¿quién es capaz de adivinar lo que el otro se trae?

La lechuza te aconseja prudencia, porque vive más alejada que yo de la actual problemática humana. Quien asiste, siquiera desde la jaula, al gesto en que se publican los estados de ánimo creados por el estilo de vida que optaron tú y los tuyos por implantar en el mundo, llega a la conclusión de que la prudencia suele constituir una pausa perjudicial en el presente.

El hombre actual no sólo se confirmó en la vieja creencia de que el que pega primero pega dos veces, sino que, para asegurarse el resultado hace que le tengan al otro sujeto.

Pues sólo los madrugadores pueden darse el lujo de dormir hasta mediodía...

Cordialmente

El león

DEL BURRO

Camarada:

Juan Ramón Jiménez, uno de los ejemplares más finos de tu especie, te citó después de mi primo Platero cuando hubo resuelto titular con el nombre de Platero y el suyo propio aquel inolvidable librito de caramelo y jazmín. Puso "Platero y yo . . . ".

Y tú siempre, cuando te animas, dices "yo y Fulano"; las veces en que no te animas a decirlo, piensas, empero, en el mismo orden.

Juan Ramón dijo, además: —". . .pero si cuando un hombre es bueno, habría que llamarlo asno, cuando un asno es malo, habría que llamarlo hombre. . .".

Aprende, hijo, aprende.

No sé qué derecho aduciste para transformarme en el símbolo de la torpeza, ni trato de averiguarlo porque estoy enterado de que nunca te fue necesario sentirte asistido de derechos para creer que otro es menos que tú. Ni para creer, asimismo, y aunque no lo confieses, que tú eres más que nadie.

Me denigras sañudamente cada vez que se te ocurre.

Cuando te toca tolerarle a tu prójimo lo que ese prójimo está harto de tolerarte, en seguida piensas: —"¡Qué

animal!" Y las veces en que aspiras a precisar con cierta prolijidad su guaranguería, dices: —"¡Es un caballo!". con lo cual queda demostrado que, en tu opinión, ser un caballo es ser un tipo de animal, más adecuado, por lo bruto, para compararlo con tu prójimo.

Pero cuando un caballo no sirve para nada dices: —"¡Es un burro!".

Si crees que el calificativo especial de "caballo" afrenta más a los tuyos que el calificativo genérico de "animal" y si usas el calificativo de burro para insultar, aun, al caballo, quiere decir que me consideras el más ani mal, dentro de tu concepto de lo animal, de todos los animales.

Y yo te oigo y me río.

Nosotros los burros no somos tan "burros" como tú dices que es el caballo que anda despacio; ni el caballo que anda despacio es tan "animal" como los que van corriendo sin saber adónde.

Mira: ve por el Libro de los Números —que es, en la Biblia, el cuarto libro de Moisés— y fíjate lo que se cuenta en el Capítulo XXII de una bisabuela mía, la burra del profeta Balaam. Montado en ella, Balaam iba a tomar un camino —un mal camino— que no le era grato a Dios. Tres veces intentó tomarlo, tres veces se le empacó mi abuela, tres veces Balaam la castigó.

Entonces Dios, viéndole a él tan "burro" —en el sentido que tú le has permitido darle a la burredad— hizo que la burra pudiera hablar para que le dijera a Balaam, con palabras fáciles, como para que él entendiera, que si seguía por ese camino cometía un disparate.

¡Y Balaam había creído que era por "burra" que ella se encaminara por otro!

Hay muchos balaanes, camarada, que a pesar del ejemplo bíblico de mi abuela, siguen tratando de burros a quienes no hacen las cosas como ellos creen que deben hacerse, aunque los otros, haciéndolas a su manera, las hagan mejor.

¡Suerte, a fe, tuvo Platero en haber encontrado a un hombre que entendiéndole la limpieza de los ojos, la certidumbre del paso, la honradez de la intención, la gracia de la candidez, hizo moción porque se les llamara hombres a todos los burros malos!

Recuerda siempre a Balaam antes de concederte razones.

Cordialmente

El burro

Correligionario:

Si la palabra ganso quisiera decir, verdaderamente, lo que creen quienes te tratan de ganso, ¡qué ganso habría que considerarte cuando te obstinas en no querer pasar por ganso!

Larga es mi historia y, salvada la modestia, gloriosa a toda prueba.

Los viejos hindúes, de la época vedanta, creían —por herencia mágica— que el hombre tenía en su abolengo al animal cuya voz fuese capaz de imitar. Y por eso a mediodía —según lo dice el Rik practicakhya— debía cantar con voz de ganso, considerada, por ser el mediodía campo de victoria del Sol, como la más adecuada para expresar sentimientos a esa hora de la luz adulta.

Tengo antepasados tan valientes que un viejo refrán español, al tratar de significar la temeridad sin restricciones (ni capangas), dice "como el ganso de Cantimpalos, que le salió al lobo al camino".

¿Y tú sabes quién fue Juno? No sabes, ¿verdad? Claro que tu primer impulso —como ocurre siempre que ignoras algo— sería el de decir que sí, que lo sabes.

Empero, con seguridad que confundirías a Juno con

el verbo "junar" —"como con bronca y junando...", ¿recuerdas?— y Juno fue, entre los primeros italianos, nada menos que la reina del cielo. Protectora de los recién nacidos "Juno Conservatrix"; representación del amor humano "Juno Prónuba"; patrona de los guerreros "Juno Quiritis".

Y yo estaba consagrado a ella.

¡Qué me dices!

Se me consideraba símbolo de la vigilancia. Fui, en realidad, el fundador del gremio de los guardias civiles.

Poco después de haber invadido los galos a Italia —400 años antes de Cristo— sitiaron el Capitolio, un templo dedicado a Júpiter —dios máximo— en el que había, también, una imagen de Juno y, consiguientemente, varios de nosotros custodiándola.

Una noche los romanos que defendían el Capitolio se durmieron sobre sus armas y los sitiadores, aprovechando eso, empezaron a trepar por las paredes para entrar y exterminarlos.

Pero aquellos parientes míos oyeron el ruido y graznaron hasta despertar a Marco Manlio, el jefe de la guarnición. Y pudieron, entonces, los sorprendidos defenderse de los salteadores y vencerlos.

Yo no quiero quitarle méritos a Marco Manlio, porque había tenido muy buenos puestos —cónsul, tribuno, militar, etc.— ganados a pulmón. Y, además, había vencido a los ecuos. Pero el sobrenombre de "Capitolino" que le dieron por la defensa de la plaza, se lo debió a los míos que lo despertaron.

Sin embargo, Marco Manlio Capitolino es un héroe y a nosotros se nos sigue considerando unos gansos, pese a haber pasado a la historia aquellos parientes míos con la honrosa designación de "Los gansos del Capitolio", fieles servidores, como habrás visto y más despiertos que los de otras especies.

Posteriormente, fue con plumas de ganso que se escribieron muchas obras inmortales.

¿Ves como hay que ser un analfabeto y un dormido para tratar de gansos a los dormidos y a los analfabetos?

Cuando alguien repite, sin discriminar o entender, algo que ha oído por ahí, dicen, ustedes, que "hablan por boca de ganso", sugiriéndose, con eso, que fue el ganso quien inventó las gansadas, lo cual resulta tan indocumentado e injusto como el sostener que las burradas las inventó el burro y las perrerías el perro.

¡No, hijo, no!

Ocurre que cuando uno de tu especie zoológica comete un disparate importante su prójimo le atribuye a otra especie el patrimonio de ese disparate para eludir, ustedes, la responsabilidad de su inauguración.

Creo haberte demostrado, en lo que a mí respecta, que el ganso:

1º Es un personaje histórico.

2º Conserva su lucidez en todo momento.

3º Contribuyó a enriquecer la literatura universal.

Me queda por exponer, sin embargo, la principal ventaja que, dicho sea con los debidos respetos, tengo sobre ti.

Mi hígado —el paté fois gras— se vende, en plaza, a 600 pesos la lata.

En cambio el tuyo, por cálculos que hagas no vale nada.

Con esto no quiero disuadirte que dejes el boldo; sólo he tratado de poner las cosas en su lugar.

Te mando un abrazo.

El ganso

DE LA RATA

Estimado doctor:

El público en general ignora —entre muchas otras cosas, claro está— que también a mí, como al ganso y a la vaca, se me tuvo, en antigüedades aún más remotas, una consideración y un respeto ejemplares.

En la isla de Raratonga, estimado doctor, allá por el Pacífico, cuando al hijo de un raratongués, se le caía un diente de leche, el padre ofrecía el diente caído a mi propio hijo, el ratón. Y al ofrecerlo, rogaba: —"¡Señor ratón: aquí te ofrezco este diente de hueso para que tú lo cambies por el tuyo de hierro!".

¡Y qué dentadura tenía aquella gente antes de que —salvados sean los respetos— se inventara la odontología, doctor! Me enternezco pensando que, aun después de inventada, quedó un vestigio de aquella vieja ofrenda en la costumbre de poner el diente de leche caído debajo de la almohada para que mi hijo le dejara veinte centavos al suyo. Veinte centavos que —no se trata de enrostrárselo porque saldríamos del tema— a causa de la inflación se ha elevado a varios pesos.

Cuando los guerreros sudafricanos de antes de la

Comunidad Británica de Naciones iban a la guerra, mezclaban entre los rizos (comúnmente llamados "motas") de sus cabelleras (llamadas, comúnmente, "porras") pelos nuestros, pelos de rata, porque presumían que, asistidos por ellos, tendrían tantas posibilidades de eludir la lanza enemiga, como las tenemos nosotras de eludir lo que nos tiran los ejemplares de la especie zoológica a la que usted, dignamente, representa. Maguer lo expuesto, la rata ha venido siendo objeto, en tanto que la civilización fue desarrollándose, de una persecución que, se lo confieso, doctor, nos duele en el alma.

Cuando alguien es muy pobre, dicen los de su familia de usted: —"¡Es una rata!" Y nosotras viviremos sin lujos, pero no nos falta nada. ¿Que buscamos lo de otros para proveer a nuestro sustento? Es cierto. No es solamente nuestro orden, sin embargo, el que se mantiene mediante ese sistema.

Además, entre nosotras jamás nos quitamos nada: me evito, aludiendo a esa circunstancia, la enojosa alusión a aquellos que debieron inventar los tribunales, la policía, el candado, los guardaespaldas, el timbre de alarma y las impresiones digitales.

Cuando alguien es feo, dice la gente: —"¡Es un ratón!" Yo bien sé, doctor, que para cualquier padre su hijo es lo mejor del mundo. Pero no creo excederme al reconocer que el mío, con sus ojitos vivos, su colita movediza, su hociquito sherlockholmesco, nada tiene de desagradable.

Y tenga usted en cuenta que si las señoras tienen que subirse a la silla cuando aparece mi hijo... no son me-

nos las veces en que al aparecérseles, ya crecido, el de ustedes, también él va en busca del queso y se ven obligadas, las señoras, a encerrarse bajo llave.

Mire, doctor: reinaba en Egipto, hace muchos años, un sacerdote de Ptah, llamado Sethon; en tales tiempos fue invadido, Egipto, por Sennaquerib el asirio. Sethon, cuyo ejército se había dispersado, se desesperó ante la doble vicisitud. Pero el dios le dijo que juntara cualquier gente y que enfrentara, con ella, al invasor. Sethon creyó, doctor, e hizo lo que se le mandaba. Y venció, en Pelusio, a los asirios —y los de la Arabia Pétrea y los idumeos— coaligados bajo el mando de Sennaquerib. Pero ¿sabe usted por qué venció el rey egipcio? ¡Porque los ratones del campo habían comido durante la noche las aljabas y los arreos y las correas de los escudos que usaban los invasores!

Ptah se valió de nosotros para que Sethon, hombre de fe, triunfara en la demanda. Y tanto se agradeció nuestra intervención —no por sólo instrumental, sino que por providencial, principalmente— que, según Heródoto,[1] se elevó en el propio templo del dios la estatua del rey Sethon con una rata en la mano y, debajo, una inscripción que decía: —"¡Aprende de mí a ser religioso!"

¡Qué le parece! .

Me permití molestarlo con esta carta, porque es usted quien puede hablar, además, con pleno conocimiento

1 Heródoto, Libro II ("Euterpe"), CXLI. Dele una ojeadita, doctor. No crea que con sólo saber, lo que puede saberse, de medicina, se llega a ser un buen médico...

de causa, del alcance y la importancia que ha tenido y sigue teniendo mi contribución a la ciencia de su especialidad.

Aprovechando que —aunque me esté mal decirlo— mis procesos vitales son bastante parecidos a los de las llamadas personas, ustedes, los médicos, nos han venido utilizando en pruebas que, realmente, debieran colocarnos, por el padecimiento que para nosotros significan y por el beneficio que a ustedes les rinden, en una posición aledaña a la de heroínas. Usted recuerde, doctor, los cánceres que nos producen adrede para estudiar, luego, en la tragedia devastadora que ocasionan en nuestro menguado cuerpo, las posibilidades de curación del de ustedes.

El profesor Pringsheim —que en gloria esté— a fin de estudiar el mecanismo de la acción alcohólica en el organismo, nos emborrachaba —como hicieron, luego, los no menos profesores Levy, Lendle, Lehman— ¡dándonos el alcohol en inyecciones!

¡No sólo se apropiaban de nosotras como objetos de experimentación sino que nos privaban del placer de catar la copita!

Nadie puede negar que emborracharse es cosa consoladora y grata —debe ser la más consoladora y la más grata porque si hubiese habido otra que la superara ya se habría sabido— pero ¿a usted le gustaría que, tras sentarse frente al mostrador, el mozo lo emborrachara por vía endovenosa y que al rato le partiera el paladar, la garganta y el esófago? Sin embargo, cuando se nos eligió —como también al desdichado conejo— para ex-

perimentar los secretos de la habituación al alcohol, se nos negó la ventaja de hacérnoslo ingerir bebiéndolo, que es como Dios manda, doctor.

Usted que sabe todo eso, difúndalo, por merced, en el círculo de los suyos que —con perdón sea dicho— fueron, por otra parte, los verdaderos creadores de la materia.

Les hará pensar usted en el replanteo de la actitud que debe asumirse ante aquellos que en algo nos favorecen y además será justicia, doctor.

Suya

La rata

Estimado dueño de casa:

Si a mi me dejan tranquilo, yo no me inmiscuyo en lo de nadie.

En cambio, cualesquiera de ustedes tiene que vivir una porción de años, como les da la gana a los demás, a fin de hacer los méritos necesarios para poder vivir, luego, como les dé la gana a ustedes.

Te recomiendo que en la primera gripe que te aqueje aproveches la provisional manumisión de tu esclavitud que te procura el parte de enfermo, para leer "La Gatomaquia" X, de don Félix Lope de Vega y Carpio. Sus siete silvas, son espantosamente largas y pesadas. Pero podrás advertir de ellas que, excepción de en aquello en que te llevo ventaja, corren parejas tu condición y la mía.

Me consideras menos fiel que el perro y —sin subestimarlo a él en lo más mínimo— debo declararte que eso no es verdad.

Sólo ocurre que el perro y yo vemos las cosas desde dos puntos de vista distintos.

Él está más influido por tus hábitos; de ahí que te

ponga contento —con perdón sea dicho— esa idiotez de correr la pelota, y de ahí, también, que entierre la comida que le sobra para escamoteársela al hambre de los otros.

Dices que el perro es fiel porque te sigue a todas partes. Pero y yo, ¿no te espero en la casa?

El perro, imitándote, trata de hacer más aparatoso su mérito: lo adorna con saltos, lamidas, carreras, cansancio.

Yo, actuando según mis convicciones íntimas, demuestro mi consecuencia en una forma sencilla y humana.

Digo "humana" —excúsame— porque si tu mujer, por ejemplo, te esperara sin moverse de la casa, las veces en que no te sigue como un perro, no habrías tenido que exaltar tan untuosamente la fidelidad del perro para hacerle entender a ella qué es la fidelidad.

Ni tendrías necesidad de regalarle un collar cada tanto, para que no se salga de las casillas...

Las virtudes valen por lo que contribuyen a fundamentar la dicha y no por los informativos que se contraten para propalarlas, ni por la escenografía de que se las rodee por el objeto de compensar, mediante la vistosidad de la "misce en scéne", la pobreza del libreto...

También has dicho que mi lealtad no es fuerte ni genuina, porque si no me dan de comer me voy de la casa.

Pero ¿acaso "entrarías" tú en un negocio que no te "dejara" arriba del 60 %?

¿Por qué, entonces, consideras desleales a quienes sólo hacen lo que tú, puesto en el caso, también harías?

Hablas, resentido, de mis famosas "siete vidas". No son siete, tocayo, no son siete. Lo que acontece es que yo siempre caigo parado.

¡Y tú te resistes a absolver de la imputación de ventajero a aquel que te gana en algo!

No se trata de tener siete vidas, sino de aprovechar, estropeándola lo menos posible, ésta, prodigiosa y única, que a uno le ha tocado.

Para terminar: nos vamos de la casa si no se nos da de comer, porque cuando la lealtad no es recíproca, el que sigue siendo leal es un imbécil.

Y ni te saltamos, ni te llevamos el diario, ni seguimos el sulky, porque hemos establecido la necesaria —y dignificante— separación que debe haber entre la fidelidad y la obsecuencia, entre el partidario y el "hincha" entre la lealtad y la adulonería.[1]

¡Esto debieras entenderlo bien, ¡tú!, que tratas de pobres gatos a quienes se someten incondicionalmente a tu voluntad y, empero, no eres capaz de reconocerle condición de prójimos a quienes, como nosotros, no nos resignamos a ser unos pobres gatos!

Saludos.

El gato

1 ¿Recuerdas lo que dijo Ovidio en "Fastos" (IV, 311)? "Conscia mens rexti famae mendacia risit". La conciencia recta se ríe de las mentiras de la fama . . .

Desde Pasteur —aquel francés de la barbita que fue el primero en advertir que éramos nosotros quienes cortábamos la leche— a este anciano británico —creo que un tal Fleming, él— que revolviendo mufas encontró la penicilina, nos han llevado, ustedes, una guerra despiadada.

Llegaron, lo reconozco, a obtener ciertas victorias.

Antes, le empezaba a uno de ustedes el malestar, acudía el médico con valijita —y en sulky—, hacia una sangría y moría, desde luego, el sangrado, sin la aprobación del médico que, presa del desconcierto, movía la cabeza azorado por ignorar las causas del estropicio.

Hoy, habiéndosenos estudiado a fondo, llegan tres o cuatro especialistas, con los últimos aparatos, y en sendos Cadillacs, y, como las causas del estropicio están perfectamente establecidas, muere el cliente por unanimidad.

Sólo en algunas ocasiones consiguen hacerlo durar un poco más suministrándole, por ejemplo, estreptomicina.

Pero ¿usted sabe qué es la estreptomicina? Es un veneno que ya un semejante nuestro —el streptomices griseus— venía empleando contra nosotros. Siempre fue un microbio pistolero, que cometía sus fechorías. Claro que sólo de tanto en tanto. Pero el doctor Selman Waksman —Premio Nobel— lo azuzó, lo enconó, le llenó la cabeza de papelitos y ¡salió con la suya! Consiguió, nomás, la estreptomicina.

Reconozca usted, no obstante, que tuvo que buscar entre nosotros al que nos matara.

¡Tuvo que desatar entre nosotros la guerra civil para intentar exterminarnos!

Y eso será ciencia en la opinión de ustedes; pero, en la opinión del microbio, es violar la autodeterminación.

Un sabio de su misma especie, Bertrand Russell, dijo, en su obra "Misticismo y lógica": —"Se nos dice que la evolución de la vida del microbio al filósofo constituye un progreso; es una lástima que sólo contemos con la opinión del filósofo y que no nos sea posible conocer la del microbio".

¡Qué insólita cortesía! Es en nombre de ella que respetamos nosotros a ese caballero, el cual tiene 91 años, todo el pelo y fuma en pito.

Ustedes creen que han ganado mucho empleando en nuestro perjuicio los antibióticos. Pero se olvidan de que ya está pronta la bomba "H", que mata 70.000 personas por minuto. Y que se trabaja gustosamente en la confección de la bomba de cobalto, ante cuya caída la gente tendrá que morir con un apuro espantoso para llegar al número de cadáveres por bomba que ya anticiparon los cerebros electrónicos.

Mata, pues, más gente sin microbios la bomba, que microbios con gente los desinfectantes. Día llegará —con una simple resta podrá usted comprobarlo, en que sólo andaremos por el mundo nosotros, en multitudes trashumantes, sin vivienda ni alimento.

¡Quieren salvarse de nosotros para emplear la vida que les dejemos en inventar nuevas maneras de matar-

se, y al final condenarnos, por falta de gente disponible, al desamparo y al hambre!

¿Cuánto tiempo más van a esperar para darse cuenta de que están todos locos?

Hasta cualquier momento, señor mío.

El microbio

Gran Ñato:

Siempre te ha parecido que las cosas que otro hizo, a ti te habrían salido mejor.

"Sí, está bien, pero entonces, yo..."

Y añades lo que habrías quitado o agregado a la obra ajena.

Quienes ascienden al Himalaya piedra por piedra "Il y a des gens qui font la critique de l'Himalaya caillu par caillu" —¿recuerdas que lo dijo Víctor Hugo— no serían capaces, valiéndose solos, de confeccionar ni siquiera un repecho.

Por eso le asistió tanta razón a aquel otro congénere tuyo, Bernard Shaw, cuando reconoció que el que puede hacer y el que no puede hacer, enseña".

Criticar no quiere decir echar abajo nada, sino, antes bien, analizar una obra y desde luego que, tampoco, con la preconcebida intención de combatirla, sino movidos a aportar honradamente, de nuestra parte, aquello que pueda faltarle para completar su estructura y, así las cosas, hacer más perfectible su funcionamiento.

Ocurre, sin embargo, que cuando fue creado algo

es, ya, un hecho consumado. Algo a lo que hay que aceptar no incondicionalmente pero tampoco rechazar con desdén —porque toda creación se logró con amor, con pasión, con desesperación y con angustia—, ni mucho menos fingir que se ignora, como sueles hacer tú, para quitarle importancia. Porque tú crees que si ignoras una cosa, la cosa deja de existir. Crees que si no la miras, ya nadie podrá verla. Crees que si la desprecias, queda anulada para siempre.

"Yo, en su caso, habría hecho..."

Claro es que el otro no está en tu caso. En tu caso habría hecho otra cosa, salvo aquellas veces en que tienes la osadía de hablar de lo que habrías hecho tú en el caso del otro, disimulándote a ti mismo, que nunca fuiste capaz de hacer nada.

Te detienes a mirarme y sólo encuentras defectos en mí: que tengo las patas de adelante más cortas que las de atrás, que parecería que hubieran empezado a hacerme de adelante para atrás en vista de que después del derroche de materia prima en que se incurrió para modelarme la trompa y la cabeza y las orejas, agotada la carne de elefante, tuvieron que rematarme con una cola de mono... Y que soy más grande por fuera que por dentro ya que el cuero me hace chingues, y que tengo los pies planos...

No adviertes que si fuera más chico y tuviera las cuatro patas de la misma longitud y careciera de trompa y mi cola fuera del mismo material que el resto de la carrocería, no sería yo un elefante, sería un perro.

Y si careciera de patas y presentara alargada mi figura y la piel me ciñera como una malla de baño, sería una lombriz.

Para ser un elefante —que es lo que soy— debo ser como me presento.

Y tú tienes la obligación de entender lo que ves, no mutilándolo hasta hacerlo del tamaño de tu comprensión, sino considerándolo en su aspecto real y tratando de desentrañar, de ese aspecto, el significado y la finalidad que le son inmanentes.

Comprender, "hijo", no quiere decir exprimir las cosas para que quepan dentro del concepto que, luego, haces tú gala de tener de ellas, sino agrandar el concepto para que las contenga enteras, en toda su siempre maravillosa realidad.

Con afecto:

El elefante

Estimado colega:

Les llamas "pájaros" a tus prójimos estúpidos, porque olvidas la artesanía del hornero, el arte de la calandria, la elegancia de la gaviota, la formalidad de la cigüeña, la gracia de los picaflores y la política del tero.

Les llamas "aves negras" a tus prójimos malandrines, olvidando el auspicio primaveral de la golondrina.

Y les llamas "patos" a los "secos" olvidando, asimismo, que yo, el pato titular, siempre tengo a mano una laguna.

No enumero, seguidamente, algunas de las ventajas que tengo sobre ti, movido por el afán de destacarme; antes bien, lo hago para que moderes el tuyo de aparecer en todo momento como Rey de la Creación.

Capataz, hijo, capataz apenas. Y eso a base, desde luego, del rebenque, de la escopeta, de la trampa, del yugo, de la manea, de la rienda, de la perrera y del DDT.

Tú necesitas más cosas que las que nosotros necesitamos para vivir tranquilos; necesitas más atenciones, más favores, más garantías, más remedios. Y sin embar-

go, cuando careces del dinero que te reportan las atenciones, que te conceden las garantías, que te perdona el favor o que te cuestan los remedios, te consideras pato.

¡Qué tupé!

Vives en apartamentos cada vez más pequeñitos —de dos ambientes, cuarto de baño y cocina—, mientras que yo tengo tanto espacio vital a mi disposición que hasta me puedo dar el lujo de mover la cola para los costados.

No se es pobre por lo que no se tiene, hijo, sino por lo que a uno le gustaría tener.

Nosotros los patos no nos hacemos mala sangre —ya ves si les convendría a ustedes tener sangre de pato— porque sabemos que no hay poco que no alcance ni mucho que no se acabe.

Además, hay otra cosa: a mí sólo me persigue la mala pata cuando he tenido poca suerte en el matrimonio; en cambio, a ti, la "mala pata" no ha dejado de perseguirte nunca.

¡Y cuántas veces es tuya la culpa del perjuicio que te lanza a la ruina o de la calamidad que te retiene en el dolor!

Tú te la buscas, padre mostén
tú te la buscas, tú te la tén...

No creas que puede envanecer a nadie la pretendida viveza que hubo en la invención de la carnada, del biombo, del embudo y de la tapa.

¡Plegue a Dios iluminar tu cerebro privilegiado!
Saluda, cuando vayas al hipódromo, a quienes tienen la osadía de considerarse mis imitadores, y recibe el parpido más cordial de

El pato

DEL MONO

Querido nieto:

Una de las tantas demostraciones espectaculares de tu falta de calidad es la que dejas advertir cada vez que te encuentras abocado al trance de emitir una opinión sobre mí.

Ocurre lo mismo, en tales casos, que en los que, habiendo hecho fortuna, ocultas, luego, la modestia de tu familia.

Te queda chico, en tu prosperidad, el padre verdulero y la madre que lavaba para afuera y los sofistificas, cuando te ves forzado a citarlos ante quienes les ignoran. hasta elevarlos a una condición que ellos —ni el viejo ni la vieja— necesitaron nunca para tener derecho a que se les reconociera y respetara su dignidad.

No tengo objeciones que oponer a tus progresos, pero me apena que te resistas a admitir el parentesco que nos une. Deploro, asimismo, la falta de auténtica aristocracia que evidencias al querer escamotear, estando arriba, la humildad de tu linaje.

Decía aquel congénere tuyo —un tal Miguel de Cervantes, creo— que "la sangre se hereda y la virtud se

aquieta y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale".

Ustedes los hombres lucen mejor que por lo que traen al nacer, por lo que adquieren viviendo. Les faltó siempre, empero, adquirir el juicio necesario como para notar que, de la misma manera que no hay mayor fortuna que la de una pobreza honrada y feliz, no hay mayor soberbia que la de una humildad sincera.

Hace poco, un estudioso honesto —y voy a nombrártelo porque, pese a tus ufanías, estoy seguro de que no le conoces: Zuckerman, en "The social life of monkeys and apes — sostuvo que las pulgas de que adolecemos nos las pegas tú.

Ese caballero —porque una de las circunstancias que exige la condición de caballero es la de admitir parásitos— dice que nunca se dio el caso de un mono alejado de la llamada civilización que se rascara.

La rascada sería inherente a la condición humana. Y lejos de nuestro ánimo estaría el censurar tal peculiaridad si no tuvieras el mal gusto de disimularla. El disimulo es una solución demasiado provisional, hijo. Además, como permite "ir tirando", hace postergar definitivamente la solución definitiva.

Necesitas ser fiel como un perro, laborioso como una hormiga, noble como un león, paciente como un buey y rendidor como una vaca para llegar a ser una persona "como la gente".

¡Y después te ríes del perro, de la hormiga, del león y de la vaca!

¡Y te ríes de mí!

¡De mí, que fui quien te enseñó a pararte! ¡De mí te ríes, ingrato, y cuando alguno de los tuyos, cada tanto, hace algo bien, dices para elogiarlo que "es una monada".

No tuve la intención de amargarte, pero... piensa, cuando tengas un momento libre, en lo que te acabo de decir.

Te saluda:

El mono

DE LA VACA

Apreciado cliente:

Hospedada en el potrero o pupila en el tambo, he venido siendo para ti, pese a mi buena voluntad, la víctima por excelencia.

No obstante, te procuro infinidad de cosas que, sin mi solicitud y mi condescendencia, iba a resultar muy difícil sustituir.

Pero no bien te pareció que tu civilización podía justificar envanecimientos y desaprensiones, empezaste a demostrarme una falta de consideración que corrobora el creciente desarrollo de una ingratitud más famosa y humana cada día.

En un tiempo fue sagrada para tus antecesores. Lo fui para los egipcios y para los caldeos, entre los que la trinidad "toro-vaca-ternura" representaba la Tierra, la Luna y el Sol, y para los asirios, cuyas niñas me consagraban su doncellez.

Recuerda además que Homero, cuando le cantó a Hera, la reina del Olimpo —busca el piropo en el Canto IV de "La Ilíada"— la llamó "la de los ojos de novilla".

Tú no hablas sánscrito, ¿verdad? Lo presumía: mientras las cosas sigan así te defiendes bien con el inglés Pero en sánscrito, "batalla" se dice "gavisti", que significa "luchar por las vacas".

Ya ves el respeto que se me tenía, también en la tierra indostana, mucho antes de que en el Commonwealth, se difundiese la ridícula moda de los frigoríficos.

Yo era una especie de diosa intocable en aquel tiempo.

Pero... son tan suculentos mis bifes, es tan durable mi cuero, se me saca tan fácilmente la leche, que no pudiste contenerte e inventaste las estancias, las zapaterías y el capuchino.

Gracias a mí te desayunas razonablemente —evitándote los lípidos de la panceta y la estupidez del pomelo—; gracias a mí te provees de proteínas e, incluso, envasas tus coces en lindos zapatos, que las elevan a la categoría de puntapiés.

Me haces engordar para presentarme a las exposiciones ganaderas, orgulloso de mí; y luego, cuando alguna de tus prójimas podría rivalizar conmigo en una de aquellas competencias, exclamas: —"¡Es una vaca!"

No me quejo de la comparación en sí. Pero... ¡qué tono empleas al hacerla, marchante!

Siempre me consideraste una cretina.

Crees que cuando tengo el ternero delante escondo la leche para que pueda él aprovecharla posteriormente, y entonces te llevas al ternero para que yo no lo

vea y, suponiendo que me engañas, poder así ordeñarme con comodidad.

Estás seguro de que ésa es una viveza tuya; sin embargo no tiene nada que ver el ternero en ese caso.

Me sacas el jugo hasta que lo doy, y después me transformas en milanesas de "ternera", "jamón de cerdo", zapatos de "becerro", botones de "nácar" y boquillas de "ámbar", con un desparpajo impresionante.

Y yo no sólo te proveo de la vacuna para prevenir pestes exclusivamente humanas, sino que he demostrado que soy una caballera al no hacerte cuestión ni por las explicaciones de doble sentido que das sobre la languidez de mi mirada, ni siquiera por echármele agua a la leche.

Con poco que se rehiciera tu concepto de la justicia, vendrías de tanto en tanto al tambo, sin el balde, a hacerme una visita de cortesía.

Sin otro particular, te saluda atentamente tu segura servidora.

La vaca

DE LA LANGOSTA

Compañero de mesa:

No me explico cómo te alcanza la osadía para reprochar nuestra voracidad.

Tú no sólo comes, como nosotras, lo que es instintivamente apetecible, sino que has creado un arte llamado "culinario" destinado a satisfacer las exigencias impuestas por una glotonería que superó entre ustedes, hace ya algunos siglos, la necesidad de nutrirse.

Un profesor de tu misma familia zoológica —Austregesillo—, en un libro titulado "L'analyse mentale en practique médicale", sostuvo que la "líbido" de Freud es sólo "la segunda energía vital". La primera —la fuerza primordial, el élan, la protoenergía— sería "la fames", o instinto de nutrición.

De manera que el verdaero "stímulus' vital no estaría en la atracción del sexo opuesto, como dijo Freud, ni en la ambición de poder, como dijo Adler, sino en la tendencia a engullir.

Antes de multiplicarse o mandar tiende el hombre, por medio del alimento, a conservarse a sí mismo.

Si le dan a elegir entre un Ministro del Interior,

Marilyn Monroe o una milanesa con papas, el hombre elige, primero, la milanesa con papas.

Es triste, pero parece que es científico.

A esa importancia fundamental que tiene, entre ustedes, el instinto de nutrición —"el famoso hacer por la vida"— se debe que todas las cosas importantes las festejen comiendo.

Antes de empezar la civilización —como ustedes le llaman— los hombres conmemoraban sus grandes acontecimienos danzando en torno a una hoguera. Cuando adelantaron un poco dejaron de bailar, pusieron sobre la hoguera media res de bisonte, y quedó inventado el asado.

E inaugurada la gastronomía, cuya historia sería larga, e improcedente dentro de un tema en el que no se trata de ponderar la exquisitez de tu paladar, sino de consignar esa voracidad de la que te olvidas cuando imprecas, airado, contra la nuestra.

Mojas el pan en la salsa con la energía de aquellas lavanderas que lavaban la ropa en el río; tomas el pollo con la mano cuidando de que sólo le sobre el esqueleto; persigues, implacable y maratónicamente, hasta el último champignon.

La sopa, plato que pareciera —desde la de tortuga al menestrún— el menos apetecible de todos, suscita tu glotonería en una forma que... ¡acuérdate del ruido, hijo!

¡Remember crhs! Please, boy.

Tú, que has inventado la sordina para el violín, la boquilla sorda para los primus, las alfombras de los

cines para amortiguar el trote de los que entran a la función sin sacarse el caballo, no te mostraste interesado, hasta hoy, en inventar un silenciador para la sopa.

La tomas desaprensiva y picapedreramente, inclinado sobre el plato como si estuvieras mirando el desfile desde un balcón del 8º piso.

A veces, en vez de tomarla parece que la declamaras.

¡Y, luego, le llamas devoradora a la langosta!

Además, nada tiene que ver con inapetencias ni sobriedades ese ruido como de moto que haces al final de cada vermichelle.

Por otra parte, aún: casi todas las impresiones que recibes por vía de tus otros cuatro sentidos las refieres al del gusto: "dulce mirada", "gesto amargo", "agria discusión".

Te obsesiona, hijo, te obsesiona.

Recuerda lo de "churro", "churrasca", "budín" "pan dulce", "bocado de cardenal".

Y, para no apartarnos de la cuestión: presumo que las marcas con las que ella queda después del "flirt" no se las haces, precisamente, soplando, ¿verdad?

Buen provecho, compañero.

La langosta

Amigo mío:

La prudencia es una de las virtudes más rendidoras, no tanto por lo que suele evitar, sino por lo que ayuda a conseguir.

Hace muchos años hubo un rey de Siria llamado Seléuco Nicátor. "Nicátor" quería decir El Vencedor. Lo había sido ese rey, acompañando a Alejandro el Grande en aquellas alejandrerías que luego, pasados los años, hicieron terminar achicados a tantos de sus imitadores.

Fallecida Adama, su mujer —los hay que, pese a las estadísticas, que arrojan cuatro viudas por cada vida, son capaces de oponerse con éxito a la viudez de la propia esposa—, Seléuco desposó a una tal Stratónice.

Stratónice era una de esas mujeres que dejan a los hombres cortos de vista a causa de que, en sus curvas las miradas entran en trompo y caen a la cuneta.

Una de esas mujeres —Stratónice— de las que podría pensarse que de habérseles propagado alarmantemente la inflación llegan a verse obligadas a hacer los buches con todo el cuerpo.

Y bien: Seléuco tenía un hijo: Antíoco. Y Antíoco se enamoró de Stratónice.

Pero no como se enamoran algunos antíocos actuales de Gina Lollobrígida: por secciones. No. Se enamoró de Stratónice entera.

La amaba desde el seno —como un timbre de apartamento lujoso— hasta el duodeno, que ya había sido descrito y medido por Herófilo.

La prudencia, que le obligó a callar al joven Antíoco el ámor por su madrastra, agudizó su tribulación interior como les ocurre a todos los reprimidos.

Y cayó en un estado de estupidez despavorida.

Seléuco se sintió preocupado por aquella melancolía del príncipe, pero jamás pudo conseguir que el príncipe le confesara las causas que se la habían producido.

Entonces llamaron a palacio nada menos que a Erasístrato, un médico de Chíos. Sabía más que Hipócrates de los humores, sabía más que Herófilo de las arterias y supo más que Galeno del corazón.

Como ocurre con los médicos actuales, excepción hecho de lo que ignoraba. Erasístrato lo sabía todo.

Pero quedó desconcertado ante la depresión de Antíoco.

Quedaron desairados con sus aportes los más famososo herbolarios: ni la mandrágora ni el eléboro dieron resultado alguno.

Al fin un día, reunidos Erasístrato y su paciente en el mismo aposento, y en circunstancias en que Erasístrato le tomaba a aquél el pulso, entró Stratónice.

Y el pulso de Antíoco se aceleró en forma tal apara-

tosa ante la presencia de la madrastra, que estuvo a punto de recalcarle un dedo al doctor.

Erasístrato, entonces, descubrió el origen de la "atra bilis" del príncipe. Y fue a contarle al rey. Y el rey, admirado de la prudencia del hijo —y apiadado de su tristeza y celoso de su felicidad— se divorció de Stratónice e hizo lo que hoy se llama "el pase".

Antíoco, desde luego, se curó.

Muerto al tiempo su padre, reinó él en el nombre de Antíoco Soter.

¿Y tú sabes, ya rey, qué emblemas hizo grabar en su escudo?

¡Una lechuza encima de un león!

La prudencia sobre la fuerza.

¿Has visto como es verdad que la prudencia, pareciendo que nos mantiene quietos en demasía, otorga luego, libre y suculento, lo que amagara vedarnos?

Si un hombre como Antíoco Soter me distinguió como gala y ejemplo en sus blasones, ¿crees que puedes tú —que de tanto afanarte por lo que deseas le pasas de largo y cuando te das cuenta y regresas ya otro se lo llevó— considerarme anunciadora de malas agüerías?

Proclaman respecto de mí los italianos: "non parla, ma se fica".

¡Cuántos beneficios te reportaría ese sistema!

Hay unos versos anónimos en inglés que dicen así:

> "A wise old owl lived in an oak;
> the more he saw the less he spoke;
> the less he spoke the more he heard;
> why can't we all be like that bird?"

Por si ignoras el inglés —lo cual sería un descuido imperdonable porque, pese a que Inglaterra cierra todos los días una sucursal, aprendiendo inglés resulta más fácil maliciar el norteamericano que se habla en tantas casas matrices— voy a traducírtelos:

"Una vieja lechuza discreta vivía en un roble;
cuanto más veía, menos hablaba;
cuando menos hablaba, más oía:
¿Por qué no podemos ser nosotros como ese pájaro?"

Sabes que siempre estoy a tus órdenes, amigo mío.

La lechuza

INDICE

	Pág.
Prólogo	5
Acerca de los platos voladores	11
Cosas que sólo pasan en los sueños	13
La caza y la liebre	17
La rana	19
Los chupasangres	21
De la serpiente	25
Del León	29
Del burro	31
Del ganso al hombre	35
De la rata	39
Del gato	45
Del microbio	49
Del elefante	53
Del pato	57
Del mono	61
De la vaca	65
De la langosta	69
De la lechuza	73

Este libro se terminó de imprimir en el mes de Octubre de 1978 en los Talleres Gráficos FA.VA.RO. S.A.I.C. y F., Avda. Independencia 3277/9, Buenos Aires (República Argentina).



Había nacido en Montevideo. Su verdadero nombre era Arthur García Núñez de muchacho vino con su madre a nuestra ciudad, Buenos Aires, y estudió en el Colegio Nacional Mariano Moreno, para ingresar más tarde en la Facultad de Medicina. Pero abandonó la carrera, marchándose a la aventura, a El Chaco. Luego de mil peripecias, a las que relegó en el último lugar de la memoria, como si hubiese querido borrarlas definitivamente del recuerdo, regresó a Montevideo. Fue redactor de **El Imparcial** y posteriormente de **El Plata.** El periodismo y la radio sustentaron su prestigio, que se tornó amplio y aplaudido, sin dificultades para aceptárselo con plenitud absoluta. Cuando Wimpi apareció en la prensa porteña, allá por 1946, se produjo un fenómeno cercano al deslumbramiento que provocan siempre todas las revelaciones gratas al espíritu, la aprobación y hasta la adhesión ruidosa del público que comenzó a leerlo, fue inmediata y resonante. **El gusano loco** y **Los cuentos del viejo Varela** fueron los únicos libros que la timidez de Wimpi se atrevió a publicar después de tremendas dudas. Muchos otros corrieron el destino del fuego, al que los arrojó el autor, incapaz de sobreponerse a su sentido extremo de la autocrítica. **La taza de tilo, Ventana a la calle, Cartas de animales, Viaje alrededor de un sofá, Vea amigo, La risa, Los cuentos de Don Claudio Machín, El fogón del viejo Varela** y **La calle del gato que pesca,** acaso pudieron correr idéntico camino, pero el inesperado y llorado fallecimiento de Wimpi acaecido en Buenos Aires el 9 de setiembre de 1956, los salvó de tan quemante suerte. Las manos queridas y el afecto intacto de **Caracol,** más allá de la vicisitud inevitable, tuvieron preservados esos originales inéditos con amor ejemplar y permiten que nuestro sello **Éditorial Freeland,** al editar los 11 títulos, presente al lector las obras completas de Wimpi y tengamos fresco, lozano, ingenioso y exultante su humor alado y restallante de talento.

EDITORIAL FREELAND

EF